

AMERICA LATINA EN LA GRAN BRETAÑA*

Eduardo Posada Carbó

Los lazos entre América Latina y Gran Bretaña no han sido estrechos. Sin embargo, desde fines de la década pasada, se aprecia un creciente interés de Gran Bretaña hacia la región. Para comprender esta nueva tendencia, el autor analiza, en primer lugar, los antecedentes de las relaciones anglo-latinoamericanas a partir de 1930. Luego, examina las diversas señales que muestran esta reorientación: las respectivas visitas oficiales, la presencia del tema latinoamericano en los debates parlamentarios británicos, el fortalecimiento de los vínculos económicos, etc. Finalmente, y no obstante lo anterior, menciona las limitaciones u otras áreas de preocupación de la diplomacia británica que condicionan este acercamiento. Como conclusión, plantea que el interés de Gran Bretaña por América Latina se mantendrá en la medida que esta región consolide las reformas políticas y económicas que está llevando a cabo.

En 1990, al discutirse en la Cámara de los Comunes la ayuda que estaba prestando el Gobierno británico a Centroamérica, el parlamentario Barry Porter interpelló a la Ministra Lynda Chalker: "¿no deberíamos tener en cuenta a aquellos países que son más amigos de la Gran Bretaña y especialmente a los del Africa Occidental, como el pequeño pero cercano país de Sierra Leona?"¹ La posición de Porter no refleja la postura oficial pero sí ejemplariza el sentir de buena parte de la opinión pública en Gran Bretaña, donde Latinoa-

* Este artículo es fruto de una conferencia presentada al Taller de Coyuntura del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, donde estuve como profesor visitante, en septiembre de 1993, gracias a la invitación de María Teresa Infante y Roberto Durán, y al apoyo del Consejo Británico y de la Fundación Andes. Victor Bulmer-Thomas y Tony Bell, en el *Institute of Latin American Studies*, en Londres, apoyaron esta visita y estimularon mi interés en el tema. Quiero agradecer a John Penny, encargado del *American Research Department* del *Foreign and Commonwealth Office*, por haberme facilitado el acceso a valioso material de información. Agradezco a Lawrence Whitehead por haber discutido conmigo algunos aspectos de este trabajo, y a David Thomas por sus comentarios. Por supuesto que las opiniones aquí expresadas son de mi exclusiva responsabilidad.

¹ *Parliamentary Debates. Hansard* (163), Londres, 1990, p. 18.

mérica ha sido tradicionalmente secundaria, y hasta marginal, en las preocupaciones de la política externa. Después de la Segunda Guerra Mundial, Winston Churchill delimitó tres esferas prioritarias para las relaciones internacionales de su país, en su orden: a los Estados Unidos, a los países del *Commonwealth* y a Europa.² Casi cinco décadas más tarde, tras el proceso de integración europea, las prioridades se han modificado. Pero América Latina continúa lejos de ocupar un lugar medianamente preferencial en la agenda del Gobierno. Otros conflictos, además, como los de la antigua Yugoslavia y los del Medio Oriente, o los problemas múltiples que han sucedido al desmembramiento de la Unión Soviética, parecen acentuar aún más la lejanía de Latinoamérica en las preocupaciones británicas.

Cualquier análisis de las relaciones anglo-latinoamericanas en la década de 1990 debe comenzar, pues, por aceptar la importancia periférica de América Latina para Gran Bretaña. Sin embargo, desde finales de la década pasada, es posible identificar las tendencias de un creciente interés hacia el continente. "El período de abandono ha quedado atrás", expresó el Secretario de Asuntos Exteriores, Geoffrey Howe, en diciembre de 1988, en un mensaje esperanzador, de renovada amistad hacia los latinoamericanos. Dos años más tarde, Douglas Hurd, sucesor de Howe, en una conferencia en el *Canning House*, se refería a América Latina como "una parte esencial del Nuevo Orden Mundial".³ ¿Qué hay detrás de esta retórica? ¿Se están produciendo acaso cambios fundamentales en la diplomacia británica hacia Latinoamérica? Si este es el caso, ¿en qué áreas se manifiestan los cambios? ¿Cuáles son las razones de esta nueva orientación? ¿Cómo se compaginan las tradicionales esferas de interés británico—los Estados Unidos, Europa, el *Commonwealth*—con este "redescubrimiento" de América Latina? Y aunque estemos frente a un mero ejercicio retórico, ¿cuáles son las perspectivas de las relaciones anglo-latinoamericanas al finalizar el siglo XX?

Este ensayo se propone explorar los anteriores interrogantes. Tras analizar brevemente los antecedentes de las relaciones anglo-latinoamericanas a partir de 1930, me propongo examinar el signifi-

² Stephen George, *An awkward partner. Britain in the European Community*, (Oxford: 1990), p. 14; y David Sanders, *Losing an empire, finding a role. British foreign policy since 1945*, (London: 1990), p. 1.

³ "Secretary of State's speech at Canning House, 14 December 1988. Latin America and 1992: Hope in a time of change", y "Latin America: an essential part of the New World Order", 31 de octubre de 1990; textos de los discursos facilitados al autor por el *American Research Department* del *Foreign Office*.

cado de las distintas señales que parecen indicar la existencia de un reciente y renovado interés de Gran Bretaña hacia América Latina. Este interés, sin embargo, se encuentra limitado por aquellas otras áreas de preocupación de la diplomacia británica. A estas limitaciones dedicaré la última parte del ensayo. Comencemos, entonces, con un poco de historia.

Los antecedentes: entre el abandono y la indiferencia.

Se ha vuelto ya un lugar común hablar del ocaso de las relaciones anglo-latinoamericanas a partir de la Primera Guerra Mundial, de ese constante decaimiento que se reforzó en la década de 1930 tras la Gran Depresión.⁴ Sin embargo, en un trabajo reciente donde se reinterpreta el sentido del imperialismo británico, los historiadores Cain y Hopkins han sugerido reintegrar a América del Sur en los estudios sobre los intereses del imperio durante el período 1914-1939. En estos años, cuando Cain y Hopkins identifican "una nueva era de ambiciones coloniales", Gran Bretaña perseveró en mantener su posición como banquero del mundo. Y América del Sur continuó siendo uno de los principales socios comerciales de los británicos, aunque los vínculos se concentraban en Brasil, Argentina y Chile.⁵

Así preservase aún alguna posición de importancia en 1939, los eventos que sucedieron a la Segunda Guerra Mundial reforzarían esa tendencia de todas maneras visible de las décadas anteriores: la gradual y tal vez inevitable retirada de la presencia británica en el continente. Quedaron, es cierto, algunos lazos muy significativos y un interés que se reanimaba de tiempo en tiempo. En 1945, el jefe del Departamento de Sudamérica del *Foreign Office*, Victor Perowne, sugería la necesidad de replantear la actitud hacia el continente en un documento interno titulado "The importance of Latin America". Uno de los argumentos de Perowne para llamar la atención hacia la región —la disponibilidad de materias primas— fue retomado

⁴ Una síntesis de los antecedentes históricos, desde la independencia hasta mediados de este siglo, se encuentra en Leslie Bethell, "Britain and Latin America in historical perspective", en: Victor Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America: a changing relationship*, (Cambridge: 1989), pp. 1-24. Véase también el reciente trabajo de Rory Miller, *Britain and Latin America in the nineteenth and twentieth centuries*, (London y New York: 1993).

⁵ P. J. Cain y A. G. Hopkins, *British imperialism. Crisis and deconstruction, 1914-1990*, (Londres y New York: 1993), pp. 146-170.

por Peter Smithers, al abrir el debate que tuvo lugar en el Parlamento sobre los intereses británicos en la América Latina en 1950. No obstante, para entonces, como lo expresaría años más tarde el Conde de Cowley en la Casa de los Lores, "la Gran Bretaña contaba con muy poco en la América Latina, excepto un inmenso caudal de buena voluntad".⁶ En realidad, había algo más que "buena voluntad". Pero el debilitamiento de los vínculos económicos iba de la mano con el decaimiento de las mutuas relaciones, mientras las preocupaciones de la post-guerra y los procesos de "descolonización" determinaban el rumbo de las prioridades británicas. En 1950, por ejemplo, el intercambio comercial entre ambas regiones se había reducido proporcionalmente a la mitad de su nivel en 1938.⁷

No obstante, a mediados de la década de 1960, y en parte motivado por la curiosidad que despertó en Europa el fenómeno de la revolución cubana, el Gobierno británico dio muestras de un renovado interés en Latinoamérica. En 1962, se estableció el Comité Parry, de cuyo trabajo se beneficiaron los estudios latinoamericanos en las universidades británicas. En 1966, el Secretario de Asuntos Externos, Sir Michael Stewart, recorría la región en miras a estrechar vínculos económicos. Dos años más tarde, la Reina Isabel y el Duque de Edimburgo visitaban Brasil y Chile. En 1972, el Gobierno apoyó la organización de un seminario en *Lancaster House*, descrito por Robert Graham como "el más ambicioso proyecto de la post-guerra referente a las relaciones anglo-latinoamericanas".⁸ Aquel mismo año, el Duque de Cowley promovía un debate sobre el continente en la Casa de los Lores. Quien así quería estimular el interés hacia América Latina tuvo que reconocer, sin embargo, las frustraciones históricas de los inversionistas británicos en la región; y los retos del creciente nacionalismo económico para el cual pedía entendimiento.⁹

⁶ Véase: "Latin America British interests", *Parliamentary Debates. House of Commons* (475), Londres, 1950, p. 2420; y "Latin America and the United Kingdom", *Parliamentary Debates. Lords* (327), Londres, 1972, p. 334.

⁷ Bethell, "Britain and Latin America in historical perspective"; p. 20.

⁸ Robert Graham, "British policy towards Latin America", en: Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America*, op. cit., p. 59. Un recuento oficial del renovado interés en dicha época se encuentra en Central Office of Information (ed.), *Gran Bretaña y la América Latina*, (Londres: 1972).

⁹ *Parliamentary Debates. Lords* (327), Londres, 1972, p. 334. En 1973, Sir Robert Marett también sugería que el mundo de los negocios debía aprender a acomodarse a los cambios sociales y al nacionalismo que comenzaban a dominar el escenario latinoamericano. Sir Robert Marett, *Latin America: British trade and investment*, (Londres: 1973); pp. 56-57.

A pesar de los esfuerzos anotados, las relaciones económicas siguieron deteriorándose. En 1973, un estudio de Alec Nove concluía con pesimismo que: "francamente no existen posibilidades de que la Gran Bretaña vuelva nunca a convertirse en un socio comercial y financiero de importancia para la América Latina".¹⁰ Cinco años más tarde, Lawrence Whitehead expresaba que, en términos de participación porcentual en las respectivas balanzas, el intercambio comercial entre ambas áreas se encontraba en su punto más bajo "desde los días del mercantilismo ibérico".¹¹ Basta una breve mirada al movimiento de las exportaciones e importaciones para observar una tendencia de marcado descenso, a partir de 1950. Ese año, América Latina absorbía el 7.1% de las exportaciones británicas. Este porcentaje disminuyó continuamente: 4.5% en 1960, 3.5% en 1970, 2.2% en 1980, 1.6% en 1982. Algo similar sucedió con las exportaciones latinoamericanas hacia Gran Bretaña. En 1950, aquellas representaban el 7.8% de las importaciones británicas; el porcentaje disminuyó al 6.7 en 1960, 3.7 en 1970, y 2.1 en 1982. El cuadro de las inversiones es aún más elocuente. Mientras que en 1930, un 35% de las inversiones directas británicas en el exterior se encontraban en Latinoamérica, éstas representaban solo el 3.8% en 1967. En 1981, las inversiones externas británicas, concentradas en los Estados Unidos y en Europa, eran también más significativas en Canadá, Australia, Sudáfrica, Asia y Africa, que en América Latina.¹²

Paradójicamente, mientras se deterioraban las relaciones económicas entre Gran Bretaña y América Latina, en una línea casi continua desde 1930, se desplegaron significativos esfuerzos para acercar culturalmente a ambas regiones. En 1943, se estableció el *Hispanic and Luso Brazilian Council*, hoy conocido como *Canning House*, cuyas tareas han sido de enorme importancia para mantener vivo el interés en el continente.¹³ Aunque promovido por empresarios, cuyas motivaciones naturalmente giraban alrededor de sus preocupaciones económicas, las actividades iniciales del *Canning House* estuvieron muy ligadas a la promoción de la enseñanza del español y

¹⁰ Alec Nove, "Great Britain and Latin American economic development", en: I.E.A. (ed.), *Latin America in the international economy*, (London: 1973), p. 357.

¹¹ Lawrence Whitehead, "Britain's economic relations with Latin America", en: J. Grunwald (ed.), *Latin America in the world economy*, (Washington: 1978), p. 77.

¹² Véase David Atkinson, "Trade, aid and investment since 1950", en: Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America*, op. cit., pp. 104-117.

¹³ Véase Nicholas Bowen, *A history of Canning House*, (Londres: 1979).

del portugués. Estas funciones culturales se vieron reforzadas con la sistemática adquisición de libros y documentos sobre América Latina, con el desarrollo de una biblioteca que le otorgó al *Canning House* las características de un centro valioso de información.

A las actividades educativas y culturales promovidas por *Canning House*, se sumaron las de los diversos centros de estudios latinoamericanos que fueron creados en las universidades británicas a partir de las sugerencias del Comité Parry en 1965.¹⁴ Este año funcionaban ya el *Latin American Centre*, en St. Antony's College, Oxford, y el *Institute of Latin American Studies*, en Londres. Como resultado también de las observaciones de dicho comité, se crearon centros similares en las universidades de Cambridge, Glasgow y Liverpool. A éstos siguieron, posteriormente, otros esfuerzos — en las universidades de Essex y St. Andrews, por ejemplo. En consecuencia, existe hoy una extraordinaria infraestructura académica que ha estimulado la formación de especialistas en las diversas áreas de estudios latinoamericanos, el intercambio entre estudiantes y profesores y, en general, ha servido para profundizar el conocimiento de la realidad regional en Gran Bretaña. Contrastan, pues, los adelantos culturales y educativos de las últimas cinco décadas con el debilitamiento de los vínculos económicos entre Gran Bretaña y Latinoamérica.¹⁵

Tal vez no debería sorprender el que se hubiese producido un distanciamiento entre ambas regiones a partir de 1930, desde cuando los intereses, tanto de una como de otra, tomarían rumbos distintos. De alguna manera, el alejamiento británico de América Latina fue apenas consecuencia del reordenamiento mundial, en el que Gran Bretaña se vio desplazada como potencia dominante. La necesidad de fortalecer la "relación especial" con los Estados Unidos, particularmente después de 1945, significó que los británicos supeditaron, en términos generales, cualquier política hacia Latinoamérica a sus

¹⁴ Véase Harold Blakemore, *Latin American Studies in British universities: progress and prospects*, (Londres: 1971).

¹⁵ Véase el ensayo de Gerald Martin, "Britain's cultural relations with Latin America", en: Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America*, op. cit., pp. 27-51. David C. Thomas, ex-funcionario del *Foreign Office* encargado de asuntos americanos, recuerda que, en 1968, la prensa británica ignoraba las noticias latinoamericanas. Sin entrar a juzgar sus méritos, hoy el cubrimiento sobre la región, tanto en prensa, como televisión y radio, es más extenso. En particular, existe en las nuevas generaciones un gran interés por las manifestaciones de la cultura latinoamericana, aunque en muchos círculos la región está rodeada de una imagen exótica. Carta de David C. Thomas al autor, Londres, 19 de octubre de 1993.

intereses con la Casa Blanca, inclusive hasta el punto de tolerar la invasión a Grenada en octubre de 1983.¹⁶ De todas formas, cualesquiera fuesen las circunstancias que siguieron orientando la política externa británica, hay que advertir que los lazos históricos con Latinoamérica, a pesar de su significado, han sido cualitativamente diferentes de los que Gran Bretaña ha tenido con otras regiones del mundo: con sus vecinos Europeos, con el Asia, Africa y el Medio Oriente, y con los mismos Estados Unidos.¹⁷

Las señales del "redescubrimiento".

Al abrirse la década de 1980, las relaciones anglo-latinoamericanas seguían, por consiguiente, una especie de rumbo histórico hacia un lugar de indiferencia, lejos del interés estratégico en el conflicto Este-Oeste, de la "moda europea" y hasta de las nostalgias por el *commonwealth*.¹⁸ Adicionalmente, dos crisis motivaron el enfrentamiento entre ambas regiones: el problema de la deuda externa, en el que la banca británica se vio fuertemente comprometida; y la guerra con Argentina en 1982 que, hasta cierto punto, provocó una reacción continental. En ambos casos, los eventos apuntaban a un mayor deterioro en una relaciones que habían perdido ya importancia histórica. Pero, al finalizar la década, la tendencia parecía revertirse: en julio de 1989, el sub-Secretario de Estado para Asuntos Exteriores, Tim Sainsbury, declaraba al Parlamento que las relaciones anglo-latinoamericanas habían ganado *momentum*.¹⁹

Por supuesto que, tras los resultados de la guerra del Atlántico Sur, el Gobierno británico desplegó esfuerzos diplomáticos para contrarrestar cualquier efecto que el conflicto anglo-argentino hubiese podido tener en otros países del continente. En este contexto deben tal vez apreciarse las visitas de Sir Geoffrey Howe a Brasil, Costa Rica, Colombia y México, entre 1984 y 1987 – extraordinaria

¹⁶ *Parliamentary Debates* (47), Londres, 1983, pp. 27-30, 143-153 y 1008-1028. David Thomas ha analizado el papel de los Estados Unidos en las relaciones entre Gran Bretaña y América Latina en Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America, op. cit.*, pp. 68-82.

¹⁷ Al respecto, véanse las observaciones de Malcolm Deas en su "Further thoughts on the Falklands", en: Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America, op. cit.*, pp. 151-152.

¹⁸ Véase la descripción hecha por Jaques Arnold sobre el énfasis que daba el Parlamento a los asuntos externos en: *Parliamentary Debates* (138), Londres, 1988, p. 708.

¹⁹ *Parliamentary Debates* (157), Londres, 1989, p. 1329.

agenda para un Secretario de Asuntos Exteriores, tradicionalmente ausente del mapa latinoamericano. Sin embargo, el mayor interés británico hacia la región a fines de la década está muy poco relacionado con el tema Malvinas/Falklands. Este interés parece haber resurgido simultáneamente con las profundas transformaciones, económicas y políticas, experimentadas recientemente en América Latina —"the quiet revolution"— como la llamó el Ministro Tristan Garel-Jones.²⁰

Tanto el regreso de la democracia como los diversos programas de apertura económica motivaron nuevas percepciones sobre la realidad regional. "Latin America, lost and found", expresaba el *Financial Times* en marzo de 1992, para destacar el rumbo de las políticas regionales.²¹ Los ochenta no se interpretaban ya como la "década perdida", sino como una sorpresiva época de gradual florecimiento. La opinión pública británica, es cierto, no ha sido unánimemente optimista. Los eventos políticos de Venezuela, Perú y Guatemala, y la situación brasileña, entre otros, ensombrecen el escenario de un panorama prometedor. Hay dudas sobre la solidez de la democracia en el continente. El papel de los militares, en particular, es siempre objeto de atención pública. Las conquistas del movimiento reformador se contraponen a la presencia generalizada de la corrupción y a un sistema judicial ineficiente, y a la necesidad de extender sus resultados a los segmentos más pobres de la población.²² Pero, en su conjunto, puede identificarse la percepción de una América Latina más democrática, económicamente más abierta y culturalmente más cercana al mundo occidental. Este último punto —la apreciación de la realidad latinoamericana dentro de un "contexto europeo"— es particularmente significativo. Frente a las manifestaciones hostiles del fundamentalismo musulmán, los conflictos con el mundo árabe ahondados en la Guerra del Golfo y las frustraciones con los desarrollos post-coloniales en África, Latinoamérica comenzó a resurgir como "un departamento de la cultura europea", una

²⁰ Tristan Garel-Jones, "Latin America: the quiet revolution", en: Oxford International Institute (ed.), *Latin America- Recovery, investment and growth*, (Bath y Oxford: 1991), p. 7.

²¹ *The Financial Times*, 27 de marzo de 1992. Percepciones similares pueden verse en "Latins ride high", *The Economist*, 18 de julio de 1992; y "Latin American promise", *The Times*, 9 de agosto de 1993.

²² Véanse, por ejemplo, "Perilous moment", *The Financial Times*, 7 de diciembre de 1992; y Stephen Fidler, "Backward step in Latin America", *The Financial Times*, 28 de mayo de 1993.

región con la que existían fuertes lazos históricos y hasta valores comunes.²³ Esta percepción es fundamentalmente distinta de aquella expresada por el Conde de Cowley en la Casa de los Lores en 1972, para quien América Latina era "un área del mundo donde realmente no caben ni los conceptos ni las ideas europeas".²⁴

El mayor interés de la opinión pública británica en Latinoamérica se ha visto reflejado en la creciente atención que la región ha venido teniendo en Westminster. El 28 de julio de 1988, después de 38 años, el Parlamento volvió a abrir espacio para un debate general sobre la región. Desde entonces, América Latina ha formado parte de la agenda anual de la Casa de los Comunes – el último debate tuvo lugar el 26 de julio de 1993.²⁵ Se ha ido institucionalizando así una ocasión para discutir formalmente los intereses británicos en el continente, cuando el Gobierno aprovecha para exponer sus políticas, aunque, por supuesto, las relaciones anglo-latinoamericanas también se analizan en otros contextos. Es cierto que la atención que el Parlamento dedica a Latinoamérica, en comparación con otras regiones, es aún mínima. También es cierto que los debates anuales han motivado apenas la participación de un puñado de parlamentarios. No obstante, frente a la indiferencia en el pasado, estos avances son muy significativos. Además, es posible identificar un núcleo de parlamentarios, voceros, desde distintos ángulos, de los intereses latinoamericanos –Jacques Arnold, Ray Whitney, Jeremy Corbyn, y John Wilkinson, entre los más destacados–, quienes han visitado la región y parecen seguir de cerca su desarrollo. Por lo menos desde 1988 funciona un nuevo "*all party group*" que dedica tiempo a América Latina. El que en el debate de 1993 no abundasen, como en ocasiones anteriores, tantas referencias ni a Bolívar, ni a Lord Co-

²³ *Parliamentary Debates* (157), 27 de julio de 1989, p. 1323; (210), 9 de julio de 1992, p. 589; y *Parliamentary Debates. Lords*, 19 de diciembre de 1990, p. 846. Esta visión es también pertinente a los mayores esfuerzos para estrechar las relaciones Europa-América Latina. Hay, por supuesto, una dimensión europea que enmarca las relaciones anglo-latinoamericanas. Véanse, por ejemplo: Esperanza Durán, *European interests in Latin America*, (Londres: 1985); Lawrence Whitehead, "Britain, Latin America and the European Community", en: Bulmer-Thomas (ed.), *Britain and Latin America, op. cit.*, pp. 83-100; y Alberto van Klaveren, "Europa y América Latina en un mundo en transición", en: Jorge Heine (ed.), *Enfrentando los cambios globales*, (Santiago: 1993), pp. 303-320.

²⁴ *Parliamentary Debates. Lords* (327), 26 de enero de 1972, p. 334.

²⁵ Los debates están transcritos en *Parliamentary Debates. Hansard* (138), 28 de julio de 1988, pp. 708-728; (157), 22 de julio de 1989, pp. 1312-1329; (170), 23 de julio de 1990, pp. 248-262; (210), 9 de julio de 1992, pp. 585-603; 22 de julio de 1991, pp. 841-862; y 26 de julio de 1993, pp. 817-837.

chrane, ni a Canning –así hubiesen aparecido como de rigor– indica quizá que algunos parlamentarios han comenzado a moverse más allá de los fáciles y tradicionales estereotipos cuando discuten las relaciones anglo-latinoamericanas.

Si, como lo ha expresado Victor Bulmer-Thomas, el nivel de visitas oficiales es el mejor indicativo del nivel de compromiso británico hacia una región, es evidente entonces que América Latina ha ganado prioridad en las recientes preocupaciones del Gobierno.²⁶ Hasta las visitas anotadas de Sir Geoffrey Howe, sólo dos Secretarios de Asuntos Exteriores habían estado en el continente: Michael Stewart en 1966 y Lord Carrington en 1980. Los viajes del sucesor de Howe, Douglas Hurd, a México, Chile y Argentina, señalan la continuidad de un creciente interés en intensificar las comunicaciones diplomáticas al más alto nivel. Otros Secretarios de Estado del actual Gobierno también han incluido a Latinoamérica en sus respectivas agendas: Peter Lilley, a cargo de Industria, ha estado en Venezuela y México; Kenneth Clarke, como Secretario de Educación y después de Asuntos Internos, visitó México, Colombia, Venezuela y Perú; Michael Hesselstine, director del *Board of Trade*, estuvo en México y Argentina; y Michael Portillo, en la Tesorería, estuvo a la cabeza de una misión comercial que visitó Chile en julio de 1993.²⁷ Pero, sin lugar a dudas, la visita más significativa, además por su carácter simbólico, ha sido la efectuada por el mismo John Major a Colombia en 1992, la primera visita oficial de un Primer Ministro británico al continente.²⁸ A su turno, la presencia de los Presidentes latinoamericanos en Londres en la década de los noventa contrasta con su relativa ausencia en años anteriores: Salinas de Gortari, Barco, Gaviria y Collor de Melo en 1990; Aylwin en 1991; Calderón, Callejas, Endara, Fujimori y Salinas en 1992; Lacalle y Gaviria en 1993.²⁹

Las relaciones entre ambas regiones se han visto impulsadas por la posibilidad de fortalecer los vínculos económicos, tras las medidas aperturistas en casi todo el continente. Una vez reformulado el

²⁶ Victor Bulmer-Thomas (ed.), "Britain and Latin America: closer in the 1990s?", *The World Today*, 45 (11), 1989, p. 200.

²⁷ "Ministerial visits to Latin America", FCO, American Section, Research and Analysis Department, 13 de noviembre de 1992.

²⁸ Desde que llegó al poder, en noviembre de 1990, hasta mediados de 1993, John Major había emprendido 45 viajes al exterior, un alto porcentaje de ellos a países de Europa Occidental. Después de Bogotá, Major siguió a Río de Janeiro a atender la cumbre del medio ambiente. Martin Gilbert, "Globe-trotting Major keeps the lion roaring", *The Times*, 13 de julio de 1993.

²⁹ "Visits by Latin American Presidents to OK", FCO, American Section, Research and Analysis Department, 3 de marzo de 1993.

problema de la deuda, Londres se ha vuelto nuevamente un centro financiero de importancia para América Latina. Los inversionistas británicos también han tomado nota de la actual actitud frente al capital extranjero, alejada de las posturas nacionalistas de años anteriores.³⁰ A fines de 1990, Douglas Hurd destacaba el papel de las inversiones británicas en Latinoamérica – estimadas entonces en más de 10 billones de libras esterlinas. Ese año, los británicos sobresalían como los segundos inversionistas extranjeros en México y los primeros en Colombia.³¹ En Colombia, la presencia británica adquirió especial interés desde el descubrimiento de las reservas petrolíferas en Cusiana, donde la *British Petroleum* participará en su explotación en compañía de *Ecopetrol* y de otros consorcios internacionales.³² La reorientación de la política petrolera ha estimulado el regreso de la *Shell* a Venezuela.³³ En general, los recursos petrolíferos de la región han vuelto a alimentar el optimismo. Según John Browne, uno de los directores de *British Petroleum*, Latinoamérica jugará en los próximos años un papel importante en el balance de la energía mundial.³⁴ El ambicioso programa de privatizaciones adelantado en Argentina ha atraído también capital británico, aunque en menor proporción que los capitales españoles y franceses. Pero *British Gas* es hoy uno de los principales accionistas de la distribuidora de gas en Buenos Aires, y *Thames Water* se ha incorporado a las empresas de acueducto desde 1990. Otras firmas británicas están participando activamente

³⁰ Ejemplos de cómo se ha presentado al mundo de los negocios el panorama económico de la región pueden verse en: "Better-off and back in fashion", "Investment pours back into Latin America", en: *The Financial Times*, 7 de octubre de 1991 y 12 de febrero de 1993. Véase también el suplemento especial dedicado a las finanzas latinoamericanas en *The Financial Times*, 6 de abril de 1992.

³¹ Douglas Hurd, "Latin America: an essential part of the new world order", 30 de octubre de 1990, Verbatim service, VS056/90.

³² Se estima que, en una primera etapa, las inversiones en Cusiana serán de US\$ 1 billon, de los cuales BP aportaría alrededor de una quinta parte. En una segunda etapa la inversión subiría a US\$ 5 billones. Véase: "Bogota happy to do business with London", *The Independent*, 24 de abril de 1993; "BP discovers its field of dreams", *The Sunday Times*, 25 de abril de 1993; "Pumping up profits at BP's Andean fortress", *The Financial Times*, 28 de abril de 1993; y *Latin American Weekly Report*, 1 de julio de 1993, p. 291; y "Cusiana: Colombia's El Dorado", *LATAG Bulletin*, mayo-junio 1983, pp. 8-11. En febrero de 1990, Douglas Hurd señalaba en el Parlamento que "después de los Estados Unidos, nosotros hemos invertido más en Colombia que el conjunto del resto del mundo; *Parliamentary Debates*, (vol. 166), Londres, 1990, p. 878.

³³ "Lowering the oil flag", *The Financial Times*, 2 de julio de 1992.

³⁴ "Es muy posible que a fines del siglo Latinoamérica será la única región exportadora neta de petróleo en el mundo, además del Medio Oriente"; John Browne, "Latin American oil in an international context", conferencia dictada en *Canning House*, Londres, 4 de noviembre de 1993, pp. 4-5.

en el desarrollo industrial argentino, entre ellas, BAT, ICI, Glaxo y Unilever.³⁵ En Chile, el capital británico ha reaccionado tal vez lentamente frente a las oportunidades. No obstante, las empresas *British Gas*, *British Rolls-Royce* y *British Steel*, han manifestado interés en vincularse al proyecto del gasoducto transandino.³⁶ Tanto en Chile como en Colombia se estudian posibilidades de llegar a acuerdos sobre promoción y protección a las inversiones británicas.

Mientras es posible identificar un mayor movimiento de capitales británicos hacia América Latina, el comercio entre ambas regiones, sin embargo, se encuentra relativamente estancado. La tendencia descendente en las relaciones comerciales a lo largo de la década de 1980 parecía comenzar a revertirse en 1990, cuando se registraba un aumento del 23.2% en las exportaciones británicas hacia la región.³⁷ Casi simultáneamente se percibían señales de preocupación, a pesar de las medidas liberadoras del comercio latinoamericano. La sobrevaluación de la libra frente al dólar y la entrada de dicha moneda al *Exchange Rate Mechanism* (ERM) creaban serias incertidumbres. Por supuesto que la crisis de la economía brasileña, el socio comercial más importante de Gran Bretaña entre los latinoamericanos, no ha favorecido el mejoramiento del intercambio. Un ambicioso programa —el "Proyecto Venezuela"—, se ha tropezado con los problemas de inestabilidad política en dicho país.³⁸ Con todo, se han producido algunos movimientos significativos. Tras el restablecimiento de relaciones, el mercado argentino ha comenzado a atraer crecientes importaciones británicas. Colombia y Chile también han registrado ascensos relativos.³⁹ No obstante, dado el dinamismo reciente de las economías latinoamericanas, tal parecería que los británicos se están quedando a la zaga.

Tanto el comercio y la inversión, como ha sido expresado de manera reiterada por diversos funcionarios, son los principales focos del interés británico en la región.⁴⁰ Mas no los únicos. En 1988,

³⁵ "Argentina whets foreign appetites", *The Financial Times*, 12 de enero de 1993; y *LATAG Bulletin*, marzo-abril de 1993, p. 20.

³⁶ "UK interest in trans-Andean pipeline", *The Financial Times*, 14 de julio de 1993.

³⁷ *LATAG Bulletin*, Londres, Autumn 1990, p. 8.

³⁸ "Caracas visit launches Proyecto Venezuela", *LATAG Bulletin*, Londres, noviembre de 1991, p. 6.

³⁹ "Export league table", 23 de abril de 1993, FCO circular 165/93; y *LATAG Bulletin*, Londres, marzo-abril 1993, pp. 31-33.

⁴⁰ *Parliamentary Debates* (138), 1988, p. 725; y 22 de julio de 1991, p. 859. Véanse también las observaciones de Victor Bulmer-Thomas en su "British relations with Latin America into the 1990s", en: *Britain and Latin America*, op. cit., pp. 206-212 y 220-226.

cuando se iniciaron los debates anuales en el Parlamento sobre Latinoamérica, buena parte de la discusión estuvo dedicada al proceso de retorno de la democracia en Chile, al conflicto centroamericano y a las relaciones con Argentina. Dos años más tarde, el Ministro Chris Patten firmaba un acuerdo con el Gobierno de Brasil para cooperar en los esfuerzos de protección del medio ambiente. Los derechos humanos en el Perú fueron tema de conversación entre John Major y el Presidente Fujimori en su entrevista de febrero de 1992. En Colombia, el Gobierno británico ha prestado apoyo a la lucha contra el narcotráfico.⁴¹ Algunos de estos temas, como el de los derechos humanos y el medio ambiente, reciben considerable atención por parte del *Foreign Office* gracias a la intensa presión de las llamadas Organizaciones no Gubernamentales.⁴² Sin embargo, existen intentos oficiales de estructurar una política hacia Latinoamérica —como hacia los países del Tercer Mundo— alrededor del concepto del "*Good government*", una forma de atar el apoyo británico a los procesos de consolidación democrática e institucional en la región.⁴³

Adicionalmente a los motivos de interés general hacia el continente, existe una serie de preocupaciones particulares que informa las distintas relaciones bilaterales. Entre ellas, se destacan en especial las relaciones con Argentina que, después de más de una década del conflicto bélico, han mejorado significativamente. Una vez elegido, en 1989, el Presidente Carlos Menem hizo expresa su voluntad de reconciliación en un nuevo marco que pronto comenzaría a caracte-

⁴¹ Véanse a manera de ejemplo: *Parliamentary Debates* (163), 1990, p. 10w; (164), 1990, p. 652; (203), 1992, p. 327w; (204), 1992, p. 16w; y "Drugs, rainforest and UK aid policy", *LATAG Bulletin*, Summer 1990, p. 6.

⁴² Robert Graham, "British policy towards Latin America", pp. 62-64.

⁴³ Como Ministro de Estado, Tristan Garel-Jones fue uno de los principales voceros de esta política. Véanse sus intervenciones ante el Parlamento el 22 de julio de 1991 en *Parliamentary Debates*, 1991, p. 859, y el 18 de diciembre de 1991 en *ibid.* (201), p. 260; y su conferencia ya citada, "Latin America: the quiet revolution", p. 8. Su sucesor, David Heathcoat-Amory, preparaba su primer viaje oficial a la región al escribir estas líneas. En relación con la ayuda externa, en términos generales, Gran Bretaña está intentando canalizar más recursos a los países subdesarrollados a través de las organizaciones multilaterales. Ha habido también una reorientación del tipo de ayuda, con mayor énfasis en la de carácter "humanitario" que en, por ejemplo, proyectos de infraestructura. De todas maneras, los programas de asistencia británica más importantes para aliviar los problemas de la pobreza se encuentran en África y en Asia. Véase el discurso de Linda Chalkey en el *Royal Institute of International Affairs*, "Britain's aid strategy in the changing world", 18 de octubre de 1993. Véase también *Parliamentary Debates* (167), Londres, 1990, pp. 31-42.

rizar la reorientación de la diplomacia argentina.⁴⁴ A finales de dicho año, representantes de ambos países conformaban un grupo de trabajo que, reunidos en París, conversaba sobre la posibilidad de llegar a acuerdos respecto de asuntos pesqueros en la zona Malvinas/Falklands. En julio de 1990, Humphrey Maude presentaba sus credenciales como Embajador en Buenos Aires, mientras en Londres le daban la bienvenida a Mario Cámpora. El restablecimiento de las relaciones diplomáticas anglo-argentinas se produjo sobre la base de dejar a un lado, bajo la figura del "umbrella", el tema de la soberanía de las islas. Es así como el intercambio comercial entre ambos países ha vuelto a despegar. Y se han adelantado discusiones sobre las mismas Malvinas/Falklands. Aunque, congelado el tema de la soberanía, la disputa se ha trasladado a los derechos de explotación de los recursos pesqueros. Tal fue una de las ocupaciones centrales de la visita de Douglas Hurd a Buenos Aires en enero de 1993 y de la visita del Canciller argentino Guido di Tella a Londres.⁴⁵

En resumen, es posible identificar serios indicios que sugieren la existencia de un renovado interés en Gran Bretaña hacia Latinoamérica. Este se ha manifestado en la retórica oficial, en los debates parlamentarios y en las visitas de altos funcionarios a la región. Y, a su turno, se ha traducido en la intensificación de las relaciones económicas, aunque el intercambio comercial se ha movido a un ritmo más lento que el esperado. Por lo demás, se han dado pasos significantes para normalizar las relaciones con Argentina, tradicionalmente uno de los principales socios comerciales de Gran Bretaña en América Latina. Sin embargo, como se verá a continuación, este renovado interés se encuentra limitado por condiciones algunas veces ajenas al mismo acontecer del continente.

⁴⁴ *The Times*, 11 de julio de 1989, y *The Daily Telegraph*, 4 de agosto de 1989. La nueva retórica presidencial contrastaba con el lenguaje belicista de las elecciones de Menem; véase *The Daily Telegraph*, 5 de mayo de 1989. Una brevísimas descripción de la nueva orientación de la diplomacia argentina se encuentra en S. Fidler, "Coming in from the cold", *The Financial Times*, 14 de mayo de 1992.

⁴⁵ Véanse *The Financial Times*, 6 y 8 de enero de 1993; "UK and Argentina begin fish talks", y "Argentine minister to strengthen UK ties", *The Financial Times*, 19 de octubre y 1^o de noviembre de 1993.

Los límites de la diplomacia anglo-latinoamericana.

En 1989, desde la oposición, el parlamentario Jeremy Corbyn expresaba que uno de los problemas de la política británica hacia América Latina era que no existía propiamente una política, sino más bien una serie de decisiones inconexas, sin obedecer a una estrategia global.⁴⁶ Desde la academia, Lawrence Whitehead ha expresado una opinión similar. Según Whitehead, las políticas británicas hacia el narcotráfico o hacia la conservación del medio ambiente, si bien afectan directamente a Latinoamérica, no forman parte de un acercamiento sistemático a la región como sí ocurre en la estructuración de las relaciones británicas con los Estados Unidos, Europa, Sudáfrica o la India.⁴⁷

Estas críticas no dejan de tener alguna validez. Después de todo, Latinoamérica no representa para Gran Bretaña, ni estratégica ni económicamente, el obvio interés que para ella tienen los Estados Unidos y Europa. Con algunas excepciones —en las islas del Caribe o en Belice— los lazos históricos del imperio con los países africanos y con la India no tienen paralelos en Latinoamérica, a pesar de quienes insisten en la idea del "imperio informal". Es cierto que, precisamente frente a su importancia periférica, no debería despreciarse el significado de las diversas manifestaciones aquí descritas que apuntan hacia un mayor acercamiento entre ambas regiones. Pero se hace necesaria una expresión más firme de propósitos que evite las contradicciones que, con cierta frecuencia, surgen entre la retórica y los hechos. Nuevamente, por ejemplo, a las intenciones anunciadas por Douglas Hurd, de darle mayor prioridad al continente, ha seguido la noticia de recortes en el cuerpo diplomático que desfavorecerían a Latinoamérica.⁴⁸

⁴⁶ *Parliamentary Debates* (157), 1989, p. 1316.

⁴⁷ Lawrence Whitehead, "Britain and Latin America", ponencia presentada al taller organizado por IRELA en Barcelona, 5 de octubre de 1990, p. 1.

⁴⁸ Los recortes se harían para compensar los costos de la expansión del cuerpo diplomático en el mundo oriental. "Transcript of speech given by the Foreign Secretary, Mr. Douglas Hurd, to the Royal Institute of International Affairs at Chatham House on 27 May 1993". Al comentar este discurso, el editorialista del *Times* expresó: "Las embajadas de Africa y Latinoamérica deberán eventualmente cederle paso a centros diplomáticos regionales ubicados en países claves, inclusive si hay que sacrificar oportunidades comerciales"; *The Times*, 31 de mayo de 1993. La vaguedad y generalidad de los términos en que el gobierno británico manifiesta una política hacia Latinoamérica puede verse en el *statement* de Douglas Hurd ante el Parlamento el 7 de febrero de 1990; en *Parliamentary Debates* (vol. 166), Londres, 1990, p. 878. Podría argumentarse, sin embargo, que esta vaguedad permite mayores flexibilidades para la diplomacia británica en la región. (Debo esta observación a Joaquín Fernandois).

En algunos casos, existen conflictos de intereses y de lealtades que explican claramente la distancia entre la retórica y los hechos. Así lo demuestra la posición de Gran Bretaña frente a los temores latinoamericanos respecto de una Comunidad Europea rodeada de barreras proteccionistas, cuyas contradicciones ameritan un análisis más detenido. En una reafirmación a su tradicional apego al libre-cambismo, los británicos han manifestado, una y otra vez, su oposición a la idea de un "Fortress Europe".⁴⁹ Los voceros de Latinoamérica, tanto en la Casa de los Lores como en los Comunes, han sugerido que Gran Bretaña podría convertirse en un puente entre la región y la Comunidad.⁵⁰ El mismo Douglas Hurd expresó en su discurso sobre Latinoamérica en *Canning House*, que "nosotros creemos en una Europa que no debe enorgullecerse de las barreras que ha erigido frente al mundo exterior".⁵¹ A pesar de lo que parecería un expreso compromiso, la posición británica ha chocado con otras lealtades y, en ocasiones, ha terminado en alianza con los proteccionistas europeos.

En ningún otro caso pueda tal vez identificarse con mayor claridad el conflicto de intereses que en la disputa alrededor de las condiciones de comercio del banano en la Comunidad Europea. El Mercado Unico Europeo, que se puso en marcha a partir del 1º de enero de 1993, había abierto enormes expectativas entre los productores bananeros desde los mismos acuerdos que le dieron origen. El 40% del comercio mundial de la fruta se encuentra en Europa, donde el consumo ha venido recientemente en ascenso, como en otras partes del mundo.⁵² En Gran Bretaña, parece que el banano ha sobrepasado a la naranja en el gusto de los consumidores de frutas y hoy sólo es superado por la manzana. No debe sorprender, pues, que este lucrativo mercado se convirtiese en el objeto de una de las más

⁴⁹ La posición histórica de Gran Bretaña frente a la integración europea está muy bien explicada en George, *An awkward partner ...*, *op. cit.*, por ejemplo, pp. 31, 51, 70, 152, y 166.

⁵⁰ Véanse: *Parliamentary Debates*, 22 de julio de 1991, p. 843; (210), 9 de julio de 1992, p. 591; y *Lords*, 19 de diciembre de 1990, p. 834. La idea de servir de puente ha sido también sugerida para el caso de España. Manuel Alcántara, "La relación triangular entre América Latina, Estados Unidos y la Comunidad Europea", *Cono Sur*, XII (2), p. 16, y Carlos Malamud, "Relaciones entre España y América Latina", conferencia dictada en St. Antony's College, Oxford, 1993, p. 10.

⁵¹ "Latin America: an essential part of the new world order".

⁵² En 1991, el *Daily Telegraph* informaba que el consumo del banano en el Japón se estaba incrementando al 19% anual. Simultáneamente, la fruta se identificaba como "símbolo de libertad" en los países ex-comunistas de Europa oriental. *The Daily Telegraph*, 19 de julio de 1991.

intensas operaciones de "lobbying" en la historia reciente de la Comunidad.⁵³

La búsqueda de un régimen único para el comercio del banano en Europa dividió tanto a consumidores como productores. Hasta entonces, los países latinoamericanos se habían enfrentado con cuotas y con tarifas arancelarias hasta del 20% en casi todos los miembros de la Comunidad, con la notable excepción de Alemania, donde se encuentran los índices más altos de consumo *per cápita* de la fruta. A su turno, los productores de las posesiones europeas y de las antiguas colonias en el Caribe, en el Africa y en el Pacífico (CAP), habían gozado de preferencias comerciales por parte de sus tradicionales metrópolis: Francia, por ejemplo, ha protegido a los productores de Guadalupe y Martinique, España a los de las Canarias, y Portugal a los de Madeira.⁵⁴ Dos terceras partes de las 425.000 toneladas de bananos consumidas en Gran Bretaña, en 1990, tuvieron su origen en las plantaciones de Jamaica y las llamadas Islas Windward –St. Lucia, Dominica, St. Vincent y Grenada– cuyo acceso al mercado británico se encontraba garantizado por las Convenciones de Lomé. Las perspectivas de un régimen aduanero único planteaban más amenazas que promesas a los productores, cuyos intereses estaban contrapuestos. Por un lado, los países CAP temían verse expuestos a la competencia con el producto latinoamericano, más barato y de mejor calidad. Por su parte, los bananeros continentales debían enfrentar la posibilidad de que el régimen discriminatorio existente, o uno similar, se extendiera a todos los miembros de la Comunidad. Para los europeos, la disputa bananera significaba también un conflicto de lealtades: cualquier decisión afectaría los compromisos con las antiguas colonias, las negociaciones de liberalización del comercio mundial en la ronda de Uruguay, y a los consumidores.

A lo largo del debate, sobre todo a partir de mediados de 1991 mientras se intensificaba la discusión, se hizo clara la posición británica en favor de seguir protegiendo, en particular, a los bananeros del Caribe. Además de los productores, estaban también en juego los intereses de los comercializadores, en especial los de Geest y Fyffes, quienes han dominado tradicionalmente el mercado en Gran Bretaña. Ante la opinión pública, el conflicto se planteó, por lo general,

⁵³ *The Financial Times*, 6 de abril de 1992 y 30 de junio de 1993.

⁵⁴ Para una breve explicación de las regulaciones de la Comunidad sobre el comercio del banano antes de las adoptadas en 1993, véase Brent Borell y Sandy Cuthberston, "EC banana policies", *Hemisphere*, Fall 1992, pp. 32-34.

como una lucha entre los "bananos del dólar" y los "eurobananos"; o, en otras palabras, entre grandes multinacionales norteamericanas que controlan la producción continental, y pequeños productores en las islas del Caribe, históricamente atados a la metrópoli europea y cuya protección era necesaria para su sobrevivencia.⁵⁵ Las preocupaciones isleñas eran ciertamente genuinas. "Si perdemos la industria perdemos el país", expresó en abril de 1992 el Primer Ministro de Dominica, donde el 60% de los ingresos externos y el 15% de los empleos dependen de las exportaciones de la fruta.⁵⁶ Un estudio del Banco Mundial, sin embargo, consideró que las propuestas protectoras de la Comunidad Europea hacia los países CAP terminarían beneficiando ante todo a los importadores y a los comerciantes mayoristas, además de generar grandes ineficiencias.⁵⁷ Pero en el debate los argumentos políticos predominaban sobre los económicos, como lo sugerían las conclusiones de un informe preparado por *The International Coalition for Development Action*, en favor de las antiguas colonias. El 23 de noviembre de 1992, un miembro de la Casa de los Lores, Lord Glenconner, les recordaba a sus colegas que "no estamos hablando de repúblicas bananeras—sino de reinos bananeros puesto que en estos países Su Majestad la Reina es Cabeza de Estado".⁵⁸ Emplazado en el Parlamento, en varias oportunidades, el Gobierno británico confirmó su determinación de lograr que el mercado único bananero no contradijera los compromisos de la Convención de Lomé, aunque al mismo tiempo se reconocía que cualquier arreglo debía ser compatible con el buen éxito de las negociaciones del GATT.⁵⁹

En abril de 1992, la Comisión Europea parecía inclinarse por adoptar un sistema de cuotas con el fin de proteger a las antiguas colonias, mientras que los productores latinoamericanos seguían presionando por un régimen tarifario que no les excluyera de la

⁵⁵ Véanse, por ejemplo: "Assured EC access urged for banana producers", *The Financial Times*, 17 de marzo de 1992; "Big bananas, little bananas and a whole jungle of banana skins", *The Daily Telegraph*, 19 de julio de 1992; "New order of the banana falls foul of the old bunch", *The Independent*, 31 de mayo de 1992; "The great European banana split", *The Times*, 3 de marzo de 1993.

⁵⁶ *The Financial Times*, 10 de septiembre de 1991 y 6 de abril de 1992.

⁵⁷ *The Financial Times*, 29 de septiembre de 1992.

⁵⁸ *Parliamentary Debates. House of Lords Weekly Hansard* (1547), Londres, 23 de noviembre de 1992, p. 876.

⁵⁹ Véanse, por ejemplo: *Parliamentary Debates* (204), 18 de febrero de 1992, p. 104w; (208) 4 de junio de 1992, p. 940; (210) 9 de julio de 1992, p. 314w; y (212), 28 de octubre de 1992, p. 683w.

competencia. Una propuesta más concreta de la Comisión, en agosto del mismo año, de limitar las importaciones latinoamericanas por medio de una cuota de 2 millones de toneladas, fue atacada tanto por la Unión de Países Exportadores de Bananos (UPEB) como por la Asociación de Exportadores Bananeros de Jamaica.⁶⁰ En diciembre, y a sólo un mes de entrar en operación el Mercado Único Europeo, las negociaciones se hallaban empantanadas. El Gobierno británico, entonces en control de la Presidencia de la Comunidad, adelantó una propuesta que combinaba cuotas y tarifas garantizando así la protección de los bananeros caribeños. Y ésta fue la fórmula finalmente adoptada por la Comunidad, vigente a partir del 1 de julio de 1993: las primeras 2 millones de toneladas de bananos importados de Latinoamérica están sujetas a una tarifa de 100Ecu (79.50) y, por encima de dicha cuota, la tarifa se eleva en un 170% a 700Ecu (560).⁶¹

La decisión fue unánimemente rechazada por los países de la UPEB, los que también se consideraron discriminados por un sistema de licencias que favorece a los proveedores tradicionales. En Ecuador, donde se temía por el futuro de 100.000 empleos, hubo violentas expresiones de protesta: en enero de 1993, manifestantes enfurecidos descargaban manos de bananos al frente de la Embajada de Francia en Quito, mientras quemaban la bandera francesa, antes de seguir protestando ante las embajadas de Gran Bretaña y de Alemania.⁶² En mayo de 1993, la revista *Semana* informaba que el régimen de licencias perjudicaba a las comercializadoras colombianas, Uniban, Proban y Banacol.⁶³ Los alemanes, por supuesto, también quedaron insatisfechos con un arreglo que les obliga a consumir la fruta a precios mucho más altos. Pero sus posteriores intentos de que la Corte de Justicia Europea en Luxemburgo suspendiera las medidas fueron vanos. Los latinoamericanos, por su parte, han trasladado sus protestas ante el GATT donde se ha aceptado, por lo menos, instalar un panel que examine el régimen instaurado por la Comunidad.⁶⁴

En medio de esta "guerra del banano" sobresalen, pues, las contradicciones de la posición británica o, mejor aún, su claro con-

⁶⁰ *The Financial Times*, 15 de abril y 28 de agosto de 1992. La UPEB la conforman: Costa Rica, Honduras, Colombia, Guatemala, Nicaragua, Venezuela, República Dominicana y Panamá.

⁶¹ *The Financial Times*, 9, 11 y 18 de diciembre de 1993

⁶² *The Financial Times*, 20 de enero de 1993.

⁶³ *Semana*, Bogotá, 25 de mayo de 1993.

⁶⁴ *The Financial Times*, 30 de junio y 27 de julio de 1993, y *Latin American Weekly Report*, 24 de junio de 1993, p. 281 y 1 de julio de 1993, p. 298.

flicto de lealtades. El resultado de la disputa ha servido para alimentar la imagen del "fuerte europeo" al que, en tantas oportunidades, el Gobierno británico ha expresado oponerse. Los propósitos de la misma Comunidad también están en entredicho. Como lo manifestó un editorial del *Financial Times*: "se suponía que el mercado único de la Comunidad Europea serviría para bajar los precios e incrementar la competencia. Pero en el caso de los bananos, el programa se ha desviado de camino".⁶⁵

Conclusión.

Cuando en su mensaje de año nuevo, en enero de 1991, Sir Kenneth James, advertía a los miembros de *Canning House* sobre la importancia de no perder las oportunidades que se abrían para renovar las relaciones de Gran Bretaña y América Latina, parecía como si estuviese frente a un estribillo ya conocido.⁶⁶ Pero su optimismo no era del todo infundado. Después de varias décadas de continuo distanciamiento, varias señales apuntaban hacia un nuevo capítulo en la diplomacia anglo-latinoamericana. Dos años más tarde, muchas de estas señales todavía persisten, aunque el continente siga aún muy lejos de las prioridades británicas.

El resurgir del entusiasmo británico, si así puede llamársele, hacia América Latina en la década de los noventa tiene muchos precedentes. Todos ellos seguidos de un pronto desencanto. "A lo largo de toda mi vida comercial", decía Lord Nelson de Stafford en 1972, "escuché siempre decir que Latinoamérica estaba a punto de despegar". Y añadía no sin cierta ironía: "Lo difícil es saber el momento exacto del despegue".⁶⁷ Hoy, en uno y otro foro —con excepciones, por supuesto—, se repite esa misma idea: "la región está llena de grandes oportunidades", como lo expresó la Ministra Chalker en el Parlamento en julio de 1988.⁶⁸ Esta vez, sin embargo, el renovado

⁶⁵ "Gone bananas", *The Financial Times*, 3 de junio de 1993.

⁶⁶ "A letter from the Director General to corporate members of Canning House", Londres, enero de 1991.

⁶⁷ *Parliamentary Debates. Lords* (327), Londres, 1972, p. 371. Por la misma época, el Director del Banco de Londres y Sudamérica, Sir George Bolton, predecía que al final de siglo la fortaleza económica y política de la región sería la envidia de muchos países europeos. Véase Marett, *Latin America: British trade and investment*, op. cit., p. 78.

⁶⁸ *Parliamentary Debates* (138), Londres, 1988, p. 728.

interés se ha producido en medio de condiciones diferentes. Ante todo, se destacan los dos pilares del resurgir de la región: el retorno a la democracia y la liberalización de la economía. Y pueden ya detectarse algunos resultados. A los programas de reajuste y apertura han seguido mayores vínculos económicos, aunque se hace necesario un mayor intercambio comercial. Como lo advirtió Douglas Hurd en su intervención en el *Royal Institute of International Affairs* el pasado 27 de Mayo: "Cada vez más la bandera sigue detrás del comercio".

La continuidad del interés británico en América Latina dependerá, en buena medida, de la consolidación de las reformas políticas y económicas que están teniendo lugar en el continente. En el corto plazo, los latinoamericanos tendrán que hacerle frente a un problema de imagen, fruto de pasados fracasos y de esa tradición de inestabilidad que identifica a la región. Después de varias décadas de relativo aislamiento, como lo ha sugerido *The Economist Intelligence Unit*, la suerte de Latinoamérica estará condicionada por "cómo es percibida por el resto del mundo".⁶⁹ En el mundo británico, se han producido cambios importantes en la percepción de la realidad latinoamericana. Lo que ha abierto perspectivas favorables a la intensificación de las relaciones entre ambas regiones, aunque hay que superar aún muchas dificultades. El futuro de un mayor acercamiento dependerá realmente de las iniciativas de América Latina, de una ofensiva diplomática que, a sabiendas de su posición periférica, sepa aprovechar estas oportunidades.

⁶⁹The Economist Intelligence Unit, *Latin America. Regional Overview*, Londres, Second quarter, 1992, p. 7.